

## EL RECUERDO DE UN FAMILIAR Y, ADEMÁS, UN AMIGO

**Y**a no olvidaré ese 21 de septiembre. A las 20, 40 de esa tarde me sonó el móvil. Yo me encontraba en medio del bullicio del bar Lyon y estaba viendo por la televisión el partido que jugaba el Real Madrid, como muchas otras tardes de domingo. Al otro lado del teléfono mi hermano Jose, que en ese momento se encontraba en Tortosa, me cuenta con la voz afectada que Antonio y Maíta han tenido un accidente muy grave cerca de Puebla de Sanabria cuando regresaban a Salamanca desde Orense. La noticia no era fácil de dar y a Jose le costaba mucho trabajo decirme lo que él ya conocía: Antonio había muerto en el accidente y Maíta, afortunadamente, estaba fuera de peligro porque no había tenido lesiones de gravedad. Una vez salvado el primer momento de confusión, comenzamos a comunicarlo a los amigos más cercanos. Habían trasladado a Maíta a Zamora, así que decidimos acudir juntos allí para estar con ella en esos momentos horribles.

Pero dejo aquellas horas, que no quiero rememorar. Los amigos me piden que escriba algo para ti, Antonio, y yo, que no soy hombre de letras, sólo puedo hacerlo apelando al recuerdo. No se me ocurre cosa mejor que sentarme a poner en papel lo primero que la memoria me trae cuando pienso que te has ido.

Y la primera evocación que me llega es Torrevieja. Hace ya un montón de años, más de 35, que hemos coincidido en los veranos de Torrevieja. Allí vuestro hijo Juan creció junto a los nuestros disfrutando de la playa, de las noches de cine al aire libre en Villa-Sol o de las veladas nocturnas de Cabo Roig. Ellos eran entonces lo importante y disfrutaban de lo lindo. También, por qué no decirlo, cuando los padres nos íbamos a cenar o a tomar una copa, la juventud del edificio Panorama se lo pasaba genial con sus propios juegos y, a

veces, con pequeñas aventuras, como las que tuvieron con los gatos o con los cubos de agua de D<sup>a</sup>. Nati, o con las historietas de Lola...

Recuerdo tu alma de niño grande y la cara de satisfacción que ponías cuando pasaba aquel trenecito que hacía el recorrido de Torre vieja a La Mata y al llegar a nuestra casa aquellos niños ingleses – terribles, por cierto– que vivían en el primero, se bajaban los pantalones y le enseñaban el culo a todos los niños que iban subidos en él. O cuando tú mismo te montaste con tu sobrino Fernando, no menos terrible que los ingleses, y al llegar al final del recorrido no se quería bajar. Qué recuerdos, Antonio, ...

Pasaron aquellas épocas en las que tirábamos de los niños y llegó el momento de comenzar a disfrutar. No olvidaré las muchísimas noches, a veces hasta altas horas de la madrugada, en las que tú te manifestabas como el genio de la comunicación que siempre fuiste. Eras el centro de atención por lo ameno de tus relatos, por las muchas anécdotas que eras capaz de traer a colación, pero sobre todo por la cantidad de chistes contados con tu magistral gracejo y simpatía. Siempre recordaré lo mucho que has hecho llorar de risa a Marisol, incapaz de parar de reír ni un momento mientras te escuchaba.

Había veces que te incitábamos a repetir los chistes porque siempre los contabas de manera diferente. Los adornabas de tal manera, siempre incorporando personajes de actualidad, que, a pesar de haberlos oído tantas veces, siempre nos parecían nuevos, siempre tenían un tono, unas palabras o un personaje inesperado, pero en todas las ocasiones el efecto era el mismo: la risa, la carcajada abierta y compartida.

El otro marco donde te me apareces a bote pronto en el recuerdo es el de las últimas reuniones familiares. Unas para celebrar el paso de alguno de la familia a una nueva situación “laboral”, la de jubilado (los miembros de la “primada” vamos pasando progresivamente de los 60), otras porque nuestros hijos se van casando, y otras, de vez en cuando, porque algún miembro de la familia Martínez se lanza al ruedo y nos convoca a todos. En la última reunión

familiar que organizó en mayo Ángel, el hermano de Maíta, logró que nos reuniéramos en Navacerrada cerca de 80. Estábamos allí tres generaciones (de la principal, la de los padres, por desgracia ya no queda ninguno), con casi todos los primos y allegados.

También en todas esas celebraciones tú has formado parte esencial. En esos ambientes en los que uno se reúne sobre todo para hablar, en los que tan importante es la palabra, la forma tan inteligente en la que manejabas el lenguaje, tus frases precisas y en el momento oportuno, tu genio para las historias y los chascarrillos, mostraban tu categoría intelectual en el manejo de la lengua. Ya sabes que ese ha sido un campo en el que todos te hemos admirado.

Me cuesta proseguir con los recuerdos, Antonio, porque recordar tu presencia es placentero, pero se hace muy duro imaginar que ese maldito accidente nos va a privar de tenerte con nosotros en adelante en esos mismos sitios. Has sido en la casa el primero de nuestra generación en decir adiós. Te has ido de golpe en plena madurez intelectual, de la forma más inesperada.

Con nosotros quedan Maíta, Juan, Lidia y tu nieto, pero a los que te hemos querido y hemos compartido tanto contigo se nos va a hacer muy difícil soportar tu ausencia.